

## SIMETRÍAS



Dos mujeres están sentadas, una junto a la otra, en lo que parece ser una terraza de una casa de campo, frente a un paisaje de verdes amables y sobrios, como de campiña francesa. Las dos están enfrascadas, cada una en su actividad: la mayor, que bien podría ser la madre, la suegra o la tía de la más joven, lee un periódico; la otra, tal vez su hija, su nuera o su sobrina, escribe en un liviano portátil lo que, a juzgar por su concentración, quizá sea un poema, un poema sobre la calma, o sobre la plenitud, o sobre las emociones esenciales que la vida ofrece tan solo a quienes saben apreciarlas.

Aunque la mayor lleve un jersey, por la ropa de la más joven sabemos que es verano. Un verano no tórrido, un verano suave del norte de Francia, o de Bélgica, por ejemplo, con soles y lluvias benevolentes, y frescos atardeceres de tenue serenidad. También sabemos, nos lo indican los farolillos de colores entre los árboles, a la izquierda, que ha habido o habrá una celebración, acaso para festejar la llegada de invitados, probablemente parientes o amigos de las dos mujeres, gente que las sillas vacías parecen haber acogido o estar esperando.

Es innegable que la impresión general de esta imagen, más allá de las informaciones que hayamos podido descifrar, es de simetría absoluta: dos generaciones de mujeres, dos actividades —leer y escribir— y dos soportes —papel y pantalla— complementarios; ropa otoñal y ropa veraniega; fiesta y reposo; soledad y compañía. Un repertorio de elementos opuestos, ensamblados en una sola energía: la que irradian, absortas y tranquilas, las dos protagonistas. Una energía intensa, muy cercana al sosiego, que es una de las formas que adopta la felicidad.



Y entonces damos la vuelta a la mesa para añadir detalles que posiblemente se nos hayan escapado y que nos permitan ampliar lo observado y ratificar o corregir lo que hemos intuido.

Así, desde este ángulo, podemos advertir que los rasgos de las dos mujeres son efectivamente muy parecidos y que bien pudieran ser madre e hija. Por su forma de vestir, podemos imaginar una madre clásica y elegante y una hija algo más informal, pero ambas sensibles a la armonía de los colores —negro y rosa, una; azul, la otra— sobre sus cuerpos. Nos damos cuenta, también, de que la casa frente a la que están es antigua, discreta y sólida, seguramente sea la vivienda de la madre, y la hija está pasando unos días con ella; o al revés, y sea la madre la que pasa unos días junto a su hija.

La certeza de estar ante un retrato de una madre y una hija hace que en la apacible geometría de esta imagen podamos percibir las redes subterráneas que las unen, redes otrora laberínticas, que, con seguridad, a veces estuvieron atascadas de lodos, arenas o cristales—¿cuándo una Kafka mujer contará el equipaje de miedos a ser igual, a huir de un modelo o a no poder imponer un modelo; los sacos de celos, de culpas y de inseguridades que lastran los lazos entre las madres y a las hijas? — ;redes que ahora fluyen tamizadas, lavadas por la experiencia y la aceptación, regatos de agua apacible que las riegan por dentro, que las vivifican.

¿Se puede advertir en esta foto una sabia consumación de las siempre difíciles relaciones madre-hija?

Observemos la armonía y la paz que enlazan sus cuerpos y sus almas.

La respuesta es sí.

*agosto de 2012, para Pilar, con mucho amor, Matilde*